

DETALLES, VIDA Y MEMORIA

El Diccionario Geográfico de Tomás López y el Valle de Lecrín

María Aurora Molina Fajardo

Seguro que en muchas ocasiones al leer algún texto histórico referente a nuestra comarca has notado que se citan informaciones de autores como Tomás López, Sebastián Miñano o Pascual Madoz. Posiblemente estés familiarizado con estos hombres y su obra o quizás, aunque resuenen en tu cabeza, no tengas muy clara su cronología, naturaleza de su trabajo o procedencia de los datos que aportan. Por ello, y sin ningún otro afán que el de acercaros brevemente a estos magníficos compendios (publicados en su mayoría y accesibles al público en general), he decidido escribir este corto artículo eligiendo como temática principal una de estas singulares obras: el Diccionario Geográfico de Tomás López y Vargas Machuca.

La génesis de los llamados Diccionarios Geográficos se puede situar hacia finales del siglo XVI, adquiriendo verdadera importancia durante los siglos XVII y XVIII. Hasta el siglo XIX, estas obras siguieron gozando de gran prestigio y popularidad, manteniendo el hermanamiento tradicional entre geografía e historia y publicándose como Diccionarios Histórico-Geográficos.

En España, la Academia de Historia concibió la creación del Diccionario Geográfico e Histórico de España, extraordinaria empresa que se vio truncada por los acontecimientos desafortunados del momento. Sin embargo, estos esfuerzos no cayeron en saco roto y abrieron camino a otros trabajos orientados en la misma dirección; como los diccionarios de Sebastián Miñano, el inconcluso de Tomás López o el posterior de Pascual Madoz.

Tomás López y Vargas Machuca nació en Madrid en 1731 dentro de una familia acomodada. Desde niño mostró gran interés por los temas geográficos y cartográficos, aspectos ambos poco desarrollados en España. Poco a poco, estos contenidos empezaron a adquirir relevancia, gracias a los ilustrados españoles. Tomás López se benefició de este creciente interés y gozó de la protección de un ministro de Fernando VII, que lo envió durante nueve años

becado a París para que aprendiera la estampación de mapas. A su regreso a Madrid empezó a obtener reconocimientos y, en 1776 inició su gran obra, su Diccionario Geográfico-Histórico, material riquísimo que pretendía proporcionar una descripción lo más detallada posible de toda la nación española. Desgraciadamente, la muerte le sorprendió en 1802, cuando solo le faltaba iniciar la elaboración del material y prepararlo para la publicación. La forma en que López atesoró esta magnífica información fue haciendo llegar un exhaustivo

les pedía que intentaran formar un mapa o plano con sus respectivos territorios, y elementos de interés. Desafortunadamente, no todos los cuestionarios que López remitió obtuvieron respuesta y, en ocasiones, la información obtenida fue breve y deficiente.

Las noticias que Tomás López aporta sobre el Valle de Lecrín, aunque desiguales para cada población, son de gran valor. Sus informantes, además de proporcionar una descripción bastante básica de los pueblos dan, asimismo, pinceladas sobre la historia de los

otra época tuvo más importancia. Destaca la ubicación de los pueblos cerca de los ríos locales e indica, en relación a los caminos reales que surcaban la zona, ciertas estructuras como los puentes de Tablate o el medieval de Dúrcal. Respecto a la enumeración de "castillos y edificios memorables" de la comarca, los datos son pocos; se refiere por ejemplo el Castillejo de Albuñuelas, hoy completamente devastado, dice así: "En el distrito de su vega hay unas paredes de un castillo arruinado, cuya fábrica al parecer es de mahometanos, que fueron los primeros fundadores en este suelo". Solo se va a informar de otra fortaleza más, la de Mondújar, comentando que allí parece que se escondió y retiró por algún tiempo "don F e r n a n d o Abenumeya", y que en sus inmediaciones se han hallado "algunas alhajas, al parecer de persona Real, según el uso de aquellos tiempos".

Otros datos a tener en cuenta son los que aporta sobre los edificios de culto de la comarca: iglesias parroquiales, ermitas y conventos. Nos dice las distintas advocaciones de cada templo, pudiéndose comprobar que algunas de ellas han variado a lo largo del tiempo, como la Iglesia de Acequias, que la documenta con la advocación a Santiago, "los libros de la iglesia no dicen si es el menor o el mayor, ni hay quien lo sepa (...)", en tiempos de Madoz se recoge bajo la advocación a San

José y en la actualidad está dedicada a la Inmaculada Concepción; o la Iglesia de Mondújar, que la recoge consagrada a San Juan Bautista, en tiempos de Madoz aparece como Iglesia de la Encarnación, y en nuestros días está dedicada, igualmente, a la Inmaculada

Concepción.

También documenta la existencia de ciertas construcciones que no se han conservado, como la iglesia parroquial del Salvador de Albuñuelas, demolida unos años después al presentar ruina; o rememora algún acontecimiento histórico como que la iglesia de Mondújar fue incendiada por los moriscos durante la rebelión y que aún se podía ver parte de la armadura tostada por el fuego.

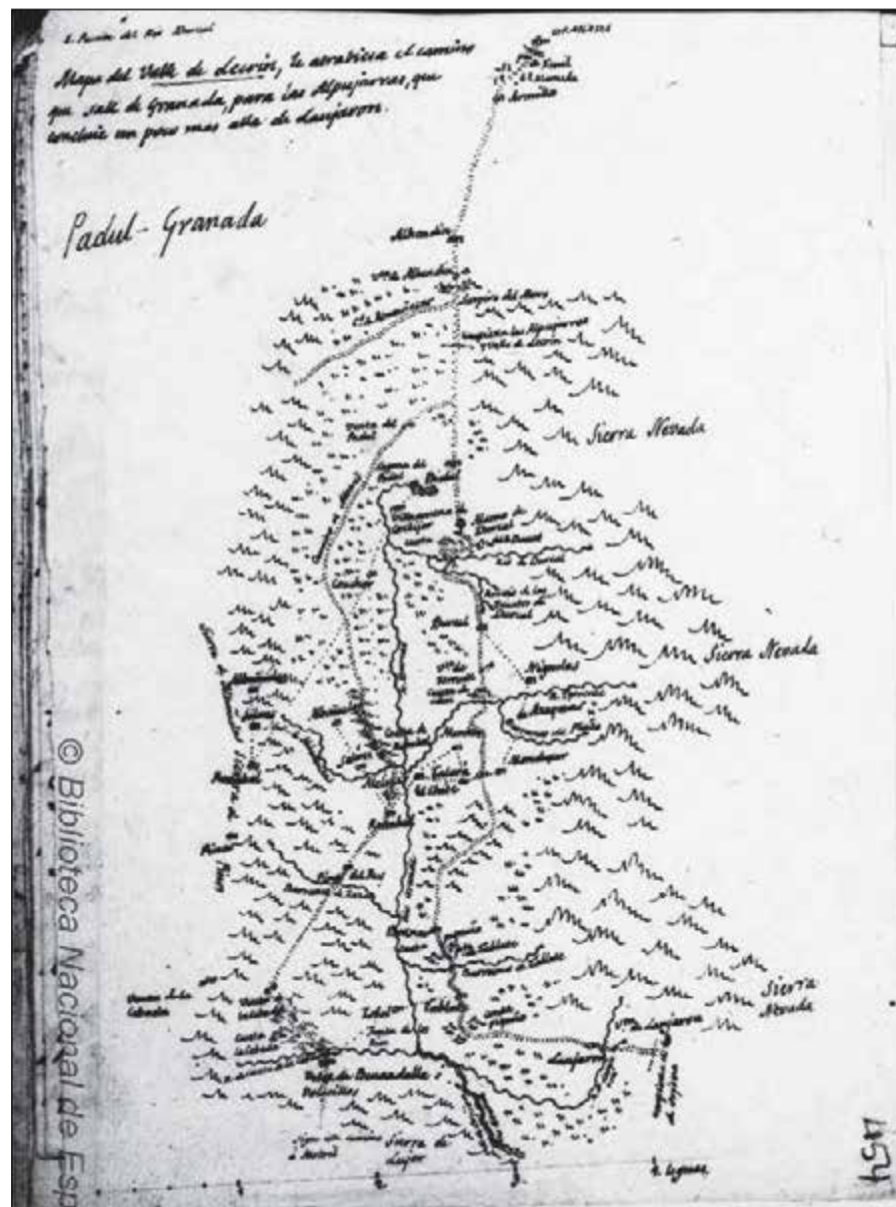
La nómina de personajes ilustres es igualmente escasa, se nombra a D. Francisco de Perea y Porras nacido en Albuñuelas, que fue arzobispo de Granada y obispo de Plasencia y colegial del mayor de Cuenca en Salamanca; éste fundó la iglesia del convento de franciscanos del pueblo en 1726, donde se conserva su retrato.

Otros personajes insignes que cita son los dos hermanos del anterior, D. Juan de Perea, canónigo de Plasencia, y D. José, inquisidor de Granada; también hace referencia al Conde de Villalmena o Villa Amena de Cozvíjar, señor de Cozvíjar y veinticuatro de Granada.

Respecto a las producciones y manufacturas principales, se incluye una importante elaboración de aceite, que justifica el gran número de almarzas con que cuenta la comarca, los vinos de Pinos del Valle, la crecida cosecha de seda de Lanjarón y el trabajo del esparto en Cónchar, con el que fabricaban tomiza, sogas, cubiertas y afelpados, que luego se comerciaban en Granada, Cádiz y otros parajes a través del puerto de Motril y de Salobreña.

También indica que este partido del Valle de Lecrín estaba atravesado por el camino Real que conducía a la Alpujarra y a Motril, estando la ruta jalonada de hitos como la Venta del Torrente en Dúrcal, la Venta de Lanjarón, o la Venta de la Cebada.

Desgraciadamente, dar una visión completa del Valle a través de este Diccionario es una tarea difícil, pues nos falta información de pueblos como Dúrcal o Padul; aún así, no deja de ser un material insustituible por constituir uno de los primeros proyectos que abordan el estudio y la recopilación de datos sobre la zona.



Uno de los mapas que ilustraban el paso de los caminos reales por el Valle de Lecrín. Custodiado en la Biblioteca Nacional de España.

cuestionario a los prelados de cada diócesis para que éstos, a su vez, se lo remitieran a sus distintos párrocos, y así facilitarían los datos requeridos. Unos se emplearon en esta tarea con auténtico celo, otros en cambio, no se molestaron ni en contestar. Además de cumplimentar el cuestionario, se

sitios y edificios más emblemáticos. En la descripción que hace del Valle de Lecrín, o como cita "de la alegría, por su amenísima situación" se centra en señalar las riquezas de la zona, su abundancia en agua, frutos –sobre todo aceite– indicando también la crianza de seda, aunque advierte que en